



SEGUNDO, MORALIDAD, INSTRUCCION

PRECIOS.

Tres meses. 5 rs.
Seis id. 10 »
Un año. 20 »

PROVINCIAS.

Tres meses. 10 rs.
Seis id. 18 »
Un año. 34 »

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.



LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

PRECIOS.

EXTRANJERO.
Tres meses. 33 rs.
Seis id. 66 »
Un año. 132 »
FRANCIA.— Pueden hacerse las suscripciones enviando a esta Administracion el importe en sellos franceses del correo.
Se suscribe en la Habana: Propaganda Literaria, calle de la Habana, núm. 100.
AMERICA.
Seis meses. 33 rs.
Un año. 70 »
FILIPINAS.
Seis meses. 60 rs.
Un año. 100 »

DIRECCION Y ADMINISTRACION
Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.

EL CASCABEL.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL. se explican simplemente en el programa de ponerse al gato.—Lo que fuere senará.

HABLEMOS EN SERIO.

El periódico republicano Gil Blas continúa llamando reaccionario á EL CASCABEL y algunos otros periódicos le hacen coro.

Es preciso, pues, que por consideracion á mis colegas, y por consideracion á EL CASCABEL mismo, explique yo una vez mas lo que es EL CASCABEL, ya que se aparenta ignorarlo.

Antes de comenzar esta defensa de EL CASCABEL, debo protestar contra la malévola insinuacion que hace Gil Blas en su último número al suponer que á EL CASCABEL le agradaba mas el gobierno de Gonzalez Brabo que la situacion actual.

El Gil Blas me ofende gravemente al suponerme capaz de apadrinar y defender situaciones como la de aquel sugeto, á quien acaso ningun otro periódico trató tan mal como EL CASCABEL en un artículo que fué denunciado por el gobierno y absuelto por los tribunales, y que despues copiaron casi todos los periódicos de España.

No, señor Gil Blas, no quiere EL CASCABEL gobiernos como el de Gonzalez Brabo, al que combatió siempre. En aquel gobierno habia, con harto sentimiento mio, dos amigos, los señores Catalina y Rubí, y EL CASCABEL no aplaudió nunca sus actos como ministros; hizo, sí, justicia á su talento, como hombres de letras, talento que seguramente no negará Gil Blas; tampoco, es cierto, los maltrató por sus actos políticos, porque yo no acostumbro á maltratar al que me llama su amigo; pero combatiendo al gobierno, es claro que tambien combatia á aquellos señores que formaban parte de él.

Respecto de la señora que ocupaba el trono, debo confesar que hasta el dia en que fueron fusilados dos infelices sargentos poco despues de la insurreccion del general Prim, la miré con respeto y la compadecí por suponerla supeditada á la soberbia y á las ambiciones de sus consejeros; pero desde aquel dia comprendí que aquella señora estaba completamente ciega; solamente así puede creerse que una reina no tenga poder bastante para ir, sin consejo de nadie, sin consideracion á nadie, á arrancar del cadalso á dos infortunados que la hubieran diezmado de bendiciones. ¡Oh! si la reina hubiera hecho eso, si la reina hubiera oido el clamor de todo Madrid que pedia la vida del bizarro capitán Espinosa, si no hubiese tolerado que se fusilase á un infeliz zapatero porque, hallándose embriagado, habia herido levemente á un guardia civil que, mas generoso que el gobierno, perdonó á su agresor y hubiera hecho todos los sacrificios imaginables por salvarle, no hubiera habido la sangrienta jornada del 22 de junio, no se hubiera estremecido España entera al eco de las descargas de fusilería que acababan con la vida de sesenta y tantos condenados á muerte, no hubiera venido á gobernar en este país el redactor de aquel periódico, escándalo de la prensa, que se llamaba El Guirigay.

Desde aquel dia triste que cito mas arriba, EL CASCABEL dejó de estampar en sus columnas el nombre de la reina; desde aquel dia la consideró condenada á la tremenda expiacion, que hoy sufre, y que la hace digna de mi consideracion y de la de todos los hombres de hidalgos sentimientos, porque la desgracia, aunque sea merecida, merece consideracion de todo el que no está ciego por la pasion politica.

Por esto EL CASCABEL no se ha ensañado con aquella señora, á la que no se pueden achacar todas las culpas de lo que ha sucedido, aunque tampoco declarar irresponsable como pretenden hoy sus defensores; pero esto no quiere decir que deseamos su vuelta ni que consideremos solucion satisfactoria la de la proclamacion de su hijo como rey de España.

Veán, pues, los periódicos que me acusan de reaccionario, cómo se equivocan.

Vengamos ahora á la situacion nacida de la revolucion. Esta situacion ha podido tener á su lado á todas las clases de la sociedad, ha podido contar con tal apoyo que hubiera sido imposible destruirla en muchos años. Para conseguir este beneficio para sí y para el país, bastábale con haber traído un levantado espíritu de equidad y justicia, con haber sido, en una palabra, lo que prometia ser.

Dejando aparte la gravísima falta de no haber traído resuelta la cuestion principal desde el primer dia, con lo que se hubieran evitado muchos males sufridos, y muchos mas que han de sufrirse, ¿qué necesidad tenia la situacion de chocar

con los sentimientos religiosos del país? Contestan á este argumento los hombres de la situacion que la religion es el pretexto que toma un partido y el arma de que se vale para conspirar contra la libertad.

Es verdad por desgracia; hay un partido en España que hace esa sacrilega amalgama de la religion y la politica, pero precisamente por eso mismo hay que hacer ver á las gentes sencillas á quienes se quiere hacer creer que el absolutismo es el sistema de gobierno grato á los ojos de Dios, lo que es una impiedad horrible, que la religion está muy por encima de la politica y no caer en el mismo vicio que se censura, aunque en sentido opuesto.

Las impiedades que se han dicho á la faz del país en el Congreso de los diputados han alarmado las conciencias, y ya sabemos que hay hábiles explotadores que aprovechan esta y cualquiera otra circunstancia favorable para apoderarse de esas conciencias.

¿Cuánto hubiera ganado la situacion si á las impiedades de Suñer y de otros señores hubiesen contestado enérgicamente los hombres del gobierno! Pero han cometido la imprudencia de tratar con mas benevolencia á los que hacian alarde de ateos que á los que defendian la religion.

Parece, segun las noticias que dan los periódicos, que la guerra civil está en vísperas de arder otra vez en España. Pues bien, con haber tenido un poco de prudencia en la cuestion religiosa, con haber respetado el sentimiento religioso de los españoles, se habria hecho imposible la guerra civil en España.

La causa del absolutismo no puede obtener la victoria, pero aunque no la obtenga, ¿no hubiera sido una gloria haber impedido que volviera á correr en lucha fratricida la noble sangre española?...

¿Quién se hubiera acordado de Carlos VII?... Nadie. Las exageraciones pierden á los partidos.

En la cuestion económica, ¿qué ha hecho la situacion?...

El estado del país responde; responde la paralización absoluta del comercio y de la industria; la baja creciente en la fortuna pública y privada; la agonia de la produccion nacional amenazada tambien por la impaciencia de los que, como si llevásemos muchos años de paz, como si aquí estuviéramos á la altura de otros países, quieren establecer lo que se llama el libre-cambio, y esto sin oír á los productores, sin hacer caso de los clamores de Castilla, Valencia, Aragon, Extremadura y Cataluña, de toda España, en fin, que teme con razon perder de un golpe la poca fortuna que le queda.

El libre-cambio lo queremos todos, pero ¿está España en condiciones de admitirlo?... No, por cierto, ni lo puede estar sino despues de algunos años de paz y de buena administracion, y de buen gobierno, en fin.

Hoy ser proteccionista es casi un sambenito, entre estos libre-cambistas flamantes, que le llaman á uno reaccionario solo por eso, y no se repara que los libre-cambistas son tambien proteccionistas, más que nosotros, porque nosotros queremos proteger al compatriota, al industrial que emplea sus capitales en España y dá trabajo á obreros españoles, y ellos quieren proteger, con perjuicio de los propios, á los extraños, á los que no tienen otros lazos con nosotros que el del dinero que les damos para su prosperidad y engrandecimiento y perdicion del país donde hemos nacido.

¿Ha acabado la revolucion con la intriga, el favoritismo y la empleomanía?

Todo el mundo sabe que no, que esos males de la politica alcanzan proporciones temibles.

Se ha hecho una Constitucion. ¿Se cumple y se obedece esa Constitucion?... No; los periódicos se la han tenido ya que recordar al gobierno alguna vez, y los partidos contrarios al gobierno hacen de ella igual caso que de las coplas de Calainos.

¿Qué seguridad ha de dar á las personas pacíficas, que son la mayoría de España, una situacion que tan poca fuerza manifiesta?... Vencerá el gobierno en cualquier motin aislado que se frague, pero ¿en qué estado se verá el país cuando los carlistas salgan por un lado, y los republicanos por otro, y los isabelinos azucen á unos y otros, y reine la mas completa anarquía, y la gente que vive del trabajo y no hace politica sufra las consecuencias de todo esto?...

En suma, el gobierno y el Congreso, en mi humilde enten-

der, no han correspondido á lo que el país esperaba; esperaba el país una completa regeneracion política, esperaba mas sensatez, mas espíritu conciliador, mas abnegacion y desinterés, menos ambiciones, y sobre todo, esperaba, despues de tantos trabajos y de tanta preciosa sangre vertida, una era de apacible reposo para convalecer y reponerse de la terrible enfermedad politica que ha venido sufriendo.

Ahora hace un año que todos deseábamos que la Providencia nos abriera camino para salir de aquella situacion en que estábamos; vimos al fin el camino abierto, pero mucho tememos que nos lo hayan cerrado las torpezas de los unos, las impaciencias de los otros y las exageraciones de todos.

Voy á concluir.

EL CASCABEL, es liberal, verdaderamente liberal, y desea que España viva próspera y feliz á la sombra de la libertad; pero no es liberal si para ser liberal es condicion precisa, ser ateo ó poco menos; quiere la libertad si se hace de ella buen uso, pero no el que hacen los que alarman al país, comprometiendo los intereses y la seguridad de los españoles, ya en sentido reaccionario ó ya en sentido republicano; entiende que cada cual tiene derecho á emitir sus ideas pacíficas y decentemente, pero no entiende que se tolere la manera procaz de escribir que en periódicos carlistas, isabelinos y alguno republicano se usa; cree que debe haber en todos mas patriotismo y mas cordura, y sobre todo que los liberales deben hoy dar ejemplo de abnegacion, de amor al país, mas que á los destinos, de tolerancia, no de debilidad, y de rectitud y justicia.

La situacion es grave, muy grave.

EL CASCABEL en esta situacion no imitará á esos periódicos que procuran sostener la alarma y que insultan á los hombres de la situacion, y parece como que se regocijan de que se encienda la guerra civil; antes arrojaríamos la pluma que seguir ese sistema.

Si hay, por desgracia de este país, quienes quieran renovar los horrores de la última guerra, EL CASCABEL apoyará al gobierno constituido, como le apoyarán todos los hombres honrados que abominan las miserables pasiones políticas que hacen tanto daño á los pueblos. Encender otra vez la guerra civil en España es una monstruosidad de tal género que mereceria la reprobacion de Europa entera.

COMO SE ABUSA DE LA LIBERTAD.

No crea Gil Blas ni nadie que vamos á anatematizar la libertad.

Lo que vamos á anatematizar es el abuso de la libertad.

En varios artículos iremos sacando á plaza esos abusos para que las autoridades los corrijan, si quieren tener prestigio, y que no acaben las personas sensatas por renegar de la libertad.

Vamos, pues, á hacer un servicio á la libertad.

La libertad ha desarrollado unas cuantas industrias de taj género, que dan una pobre idea del país que las favorece y de la autoridad que las consiente.

La industria del juego es una de ellas; el juego en Madrid alcanza ya proporciones colosales.

Antes se reunian en las afueras de la Puerta de Toledo los chavalillos enganchados por algun alumno examinado, de los colegios de Ceuta y Melilla, á jugar al cané y á las chapas.

Hoy, el progreso ha traído, si no esos juegos, otros por el estilo, al centro de la culta poblacion, y en muchas calles principales hay esos que se llaman villares romanos no se por qué, en los cuales se tienta la codicia del pobre jornalero, de la criada sisona y del soldado que habla con alguna doncella por lo fino, y entra á jugar con la esperanza de ver si gana un pañuelo de seda ó una sortija que parece de oro ó un frasco de pomá que ofrecer á la señora de sus pensamientos, y lo que ganan el jornalero, la criada y el subordinado de Prim, es dejar los cuartos que llevan.

Francamente, esas estaciones de juego en las principales calles hacen mucho daño á pobres gentes que pierden el poco dinero que tienen, y que se acostumbran á un entretenimiento que suele convertirse en una horrible pasion.

Claro es que alguna vez gana algun jugador, pero si son

francos los empresarios del juego, tendrán que confesar que de las noventa veces, ochenta es para ellos la ganancia.

Yo no entiendo de matemáticas, pero me parece que no se dió para esto la batalla de Alcolea, que el vecindario no tiene la menor necesidad de esa nueva industria, y que con ese progreso no habian contado nunca los progresistas.

No pretendo quitar á nadie su modo de vivir, pero por María Santísima, que viva cada quisque sin perjudicar al prójimo.

Los empresarios de esos juegos pueden dedicarse á otra industria, y lo harán sin duda, en cuanto se persuadan de que los veinte cuartos que pierde el jornalero suponen un día que sus hijos pasan sin pan; que los dos reales que pierde la criada de cesta al brazo y llavin al dedo, se los quita la muy indina á su amo; que el estudiante que pasa el tiempo agradablemente en su establecimiento, no asiste á la clase y se va preparando poco á poco á perder curso y á dar un disgusto muy grave á sus padres, que por él hacen tantos sacrificios, y que los cuartos que pierde el soldado le faltan luego para comprar hilo y coserse el pantalón, en peligro de que se le castigue por desaseado, ó para comprar un sello para la carta que en vano esperan allá en el pueblo sus padres, temerosos siempre en estos tiempos de política desenfrenada, de que pierda la vida el hijo de sus entrañas en lucha fratricida...

Hay otra industria en gran prosperidad desde hace algunos meses, una industria para la que se necesita muy corto capital, y que produce sin embargo, grandes resultados. Esta industria es el juego de lotería á que se dedica en cafés y otros lugares públicos un gran número de personas aficionadas á la quina—y no de la botica.—Este negocio, dada la susodicha afición á la quina, es uno de los mas grandes y saneados que se hacen en estos tiempos.

Figúrense Vds. un establecimiento donde juegan doscientos cartones á dos reales; por cada carton cobra la casa la insignificante cantidad de dos cuartos, es decir, que en tres minutos que tarda regularmente en hacerse cada quina, gana la empresa cuatrocientos cuartos.

Con que figúrense Vds. si es negocio empezar el juego á las diez de la noche y concluirlo á las tres ó las cuatro de la madrugada.

Yo no puedo censurar tanto á los empresarios de esas loterías como á los que acuden al juego. La gran mayoría de los jugadores no vé la quina ni por el forro, y tiene que contentarse con el sabor á quina que le produce la pérdida de los cuartos; y es cosa triste considerar que hay en Madrid mil ó dos mil ó mas personas, que todas las noches pierden por término medio á razon de diez ó doce reales cada una, y me quedo muy corto, lo que al cabo del año representa una suma respetable arrebatada á la salud de la familia, á la educacion de los hijos, y que no sirve mas que para fomentar el vicio y los hábitos de holgazaneria.

Si esto es liberal, me lo pueden Vds. decir. El juego de la lotería es en mi concepto tan digno de reprobacion como el monte y el treinta y cuarenta; y no vale decir, que el Estado tambien tiene timba, por que el Estado hace mal en sostener la lotería, y es de esperar que desaparezca ese juego, en cuanto los recursos que produce puedan reemplazarse con otros de mejor y mas legítimo origen.

Lo que hace ese juego de la lotería establecido en cafés y otros lugares públicos, es poner el juego al alcance de todo el mundo, es propagar la afición, estimular el vicio é influir desastrosamente en la pública moralidad.

Estoy por decir que puede ser de mas fatales consecuencias

LA HERENCIA DE UN CÓMICO.

POR
PONSON DU TERRAIL.

(Continuación.)

Samuel apuró una copa y dijo:

—Franz, me haces dormir con tus historias, ¿qué puede haber de comun entre el imbécil que acaba de salir de aquí y un archiduque.

—¡Pche! dijo un estudiante hasta entonces grave y silencioso. Si por casualidad conociese á tu padre y le contase lo que ha oido.

—¡Tonto! Mi padre no conoce á nadie. Se halla retirado en su antiguo castillo de Kurtstein y no sale de allí nunca.

—He ahí adónde conduce la gloria, murmuró Fritz.

—Chiquillo, exclamó Samuel, asesina á mi padre si quieres, así heredaré mas pronto, pero no te burles de él. ¿Sabes tú que ha sido el primer cómico de Alemania, que las poblaciones se precipitaban á su encuentro, que los reyes?...

—¡Basta! ¡Basta!... gritaron los estudiantes, ya nos lo has dicho veinte veces.

—Samuel, hijo mio, dijo Débora riendo, voy á ponerte á dieta, es decir, á darte con mi puerta en las narices y á enviarte á conquistar á tu rubia Eva, si vuelves á hablarnos de los triunfos dramáticos de tu padre.

Cuando todos se reian de la amenaza de Débora, se abrió por segunda vez la puerta.

—¿Es esta la hosteria del *Aguila*? dijo un hombre vestido de librea, dirigiendo una mirada indecisa á los estudiantes.

—Sí, repuso Samuel, pero en ella no se admiten criados.

El recién llegado habia venido á caballo, estaba cubierto de nieve y tenia la nariz amoratada.

El duro apóstrofe del estudiante no le desconcertó.

Se adelantó hasta el centro de la estancia y preguntó sin dejar de mirar á los bebedores.

—¿Está aquí el señor Samuel Kloss?

—Yo soy.

El criado entonces se descubrió.

—Señor, dijo, vengo del castillo de Hurbstein.

—¡Ah! ¿Estás al servicio de mi padre?

que el juego establecido en ciertas casas, que aunque siempre perseguidas, nunca desaparecen, y es lastima que para esto sea, como es por lo visto, impotente la autoridad. En estas casas, la ilustrada concurrencia es de personas avezadas á tirar de la oreja á Jorje, y muchas no tienen otro oficio mejor; estas personas no pueden ya perderse, no tienen acaso qué perder tampoco; y el hijo de familia, el padre honrado, vacilan mucho antes de penetrar en esas casas; pero el juego en el café es otra cosa; el hombre mas económico y arreglado no tiene reparo en tomar un cartoncillo para probar fortuna, y el hijo de familia no vacila en poner la pesetilla que le dió su padre el domingo, y luego acaso pondrá las que no le dé, y el jornalero, con el afán de ver si puede llevar á la mujer algo mas que el jornal y sacar para tabaco y *polvorita fina*, que es otro comercio muy en alza en la presente época, suele poner, carton sobre carton, todo lo que ha ganado en la semana, y perderlo bonitamente.

La moralidad de las costumbres interesa á todos los partidos; un pueblo de buenas costumbres privadas tambien tiene buenas costumbres políticas, y esta es una cuestion tan importante para el bien y prosperidad de la nacion, que estoy seguro de que monárquicos y republicanos y todos los que, en un partido ó en otro, tienen amor á la patria, la ven como yo.

Parece asunto insignificante este del juego establecido públicamente en cien puntos de la poblacion; en mi concepto es tan trascendental, ó mas, como la mas grave cuestion política, y merece que en él fijen su atencion el gobierno y la prensa.

La primera condicion de un pueblo digno de la libertad es la moralidad.

Otro día continuaremos la obra meritoria de seguir descubriendo cómo se abusa de la libertad.

LA GUERRA CIVIL.

I.

—Hijo, dicen que la guerra quieren volver á encender españoles que á la patria no la quieren, hijo, bien. Yo he conocido la guerra, sus horrores llegué á ver, en ella murió mi padre, murió mi hermano tambien, y una noche nuestra hacienda presa del incendio fué. Desde entonces somos pobres... si arde la guerra otra vez, á quien encienda la guerra maldígale Dios *amen*.

II.

—Dí, madre, ¿qué es lo que pasa? Todos los días se ven en el pueblo cien disputas entre los que eran ayer tan amigos... Se amenazan de una manera cruel, y dicen que han de matarse, que la sangre ha de correr. ¡Ay! madre, á mi me dá miedo! ¿Por qué no se quieren bien? —¡Ay! hija, con razon tiembles

—Sí, señor.

—¿Me traes dinero?

—Sí señor, y vengo á buscaros porque vuestro padre se muere.

Samuel dió un salto y se levantó inmediatamente.

—Repítelo tunante: repítelo.

—Señor, repitió lentamente el criado: vuestro padre está gravemente enfermo y parece que vá á morir.

—¡Bah! dijo Samuel, ya me han incomodado dos veces sin motivo. Mi padre está muy fuerte.

—Señor, añadió el criado, que parecia no comprender el cinismo de aquellas palabras, voy á la casa de postas que está muy cerca de aquí á pedir un carruaje y dos caballos, y volveré por vos antes de un cuarto de hora.

Y salió.

—Vamos, Samuel, dijo Franz, llegó el día de tu gloria. Papá vá á hacer una visita á tus abuelos y tu á meter mano á los florines de oro con la efigie de los catorce soberanos alemanes.

Samuel frunció el ceño.

—¡Eso es lo que no sabemos! dijo por fin. Mi padre es muy gloton, padece frecuentes interrupciones y siempre cree que se muere. Entonces pone á toda la casa en movimiento, llaman al médico, me avisan, yo... ¡cándido de mí! me pongo en camino, y cuando llego, creyéndome ya millonario, me encuentro á mi padre en pié; sonriendo y que me dice alegremente: Esto no es nada: pero te aseguro que he tenido mucho miedo. —Pero ese hombre es un idiota, exclamó Fritz.

—De modo, continuó Samuel, que esta vez no me incomodaria, sino tuviese la intencion de robar á Eva.

Débora tomó un cuchillo que habia sobre la mesa y sus ojos brillaron.

—¡Es decir que quie-es que te mate! dijo.

Débora tenia mal vino y sus celos se escitaban con la embriaguez.

Samuel la quitó el cuchillo y lo arrojó á unos diez pasos de distancia.

Luego cogió con sus robustas manos las muñecas delicadas de la India y la dijo mirándola fijamente:

—¿Quieres hacer un negocio?

—Segun...

—Yo tengo un capricho por Eva. La necesito, la quiero. Si

que la guerra civil es la que empieza de ese modo. No creí volverla á ver. Si empieza la guerra, ¡ay hijo!... pide al cielo que nos dé valor para el sufrimiento con su infinito poder. Sin pan, sin hogar, sin honra podremos vernos tal vez... que en esa guerra los hombres fieras se suelen volver.

III.

—Padre, ¿sabes por qué tiemblo, por qué tan triste me ves?...

—Dí porqué, luz de mis ojos, hija mia, dí porqué...

—Porque dicen que en España la guerra se va á emprender, y si hay guerra, padre mio, tú que la hiciste una vez me dejarás y á la guerra acaso querrás volver.

—¡Yo á la guerra! ¿quién ha dicho?

Aun recuerdo el tiempo aquel en que empapadas en sangre mis manos ¡ay! llegué á ver.

Yo di muerte allí al amigo á quien hermano llamé;

yo vi matar criaturas

y alguna infeliz mujer,

en horribles represalias

de aquella guerra cruel;

yo fui con aquellos hombres

y por do quiera sembré

el luto, el hambre, la muerte...

¡Ay! hija, á mis brazos ven,

y pide á Dios poderoso

que me quiera conceder

su perdón, ya que por dicha

arrepentido me vé.

Dios quiera que no haya guerra,

y á quien la quieras mover

no permita Dios del cielo

poner en España el pié,

que es crimen abominable

y nefanda insensatez

mover guerra entre los hombres

que deben quererse bien,

cómo que una misma patria

los vió en su seno nacer.

CASCABELES.

Veán Vds. un acuerdo de un tribunal republicano de Sevilla, dirigido contra un diputado de su partido que no ha dado gusto, por lo visto, á los señores;

«El jurado republicano de esta capital, en sesion del 9 del corriente, acordó na er lugar á proceder contra el ciudadano Pastor y Landero, á quien se fió con fecha del 12, emplazándole para que en el término de diez días se presente á defenderse por sí ó por persona autorizada, ó de lo contrario se le nombrará defensor de oficio.»

tu te opones, tan cierto como me llamo Samuel, te abandono enseguida.

Una lágrima rodó por la mejilla de Débora.

—¿Y si me resigno?

—Eso no basta, es preciso que me sirvas.

—¿Y... si... te... sirvo?...

—Te compraré el collar de perlas finas que has visto en la tienda del joyero que está en la fonda del Principe Carlos.

—Yo prefiero tu amor.

—No tendrás ni una cosa ni otra. Lo tomas ó lo dejas.

—Y como puedo servirme? murmuró la judía.

—Tengo una idea. Por de pronto te llevo conmigo.

—¿A dónde?

—A casa de mi padre.

—Decididamente está borracho, dijo Franz.

—Hay mas, continuó Samuel volviéndose hácia los estudiantes; necesito tres de vosotros. El que me quiera que me siga.

—¿Se beberá? preguntó una especie de coloso estúpido, á quien llamaban Goliath, y que estaba siempre beodo.

—Es claro.

—Entonces, yo te sigo.

—Y yo tambien, dijo Franz.

—Y yo, exclamó el joven Fritz, estudiante novel que queria formarse el corazon y el espíritu en la escuela de Samuel.

—Y ¿qué vamos á hacer en Kurtstein? preguntó la judía.

—Asistireis al entierro.

—¿Y si tu padre no se muere?

—Me ayudareis á robar á Eva.

Al acabar el joven estas palabras, se oyó el chasquido de los látigos de los postillones y el alegre sonido de los cascabeles dominó el de la lluvia que empezaba á caer.

—Ea, en marcha! dijo Samuel, e-olvliéndose en su capa con la gracia de un héroe romano.

—Un momento, observo Débora: si tu padre está realmente en la agonía sería impio llegar así al castillo.

—Por eso os alojaré en la casa que hay en la falda de la montaña, porque mi padre vive cerca del cielo, sin duda para pasar á él sin cansarse mucho.

Y Samuel celebró su propio chiste con una carcajada y abrió la puerta de la hosteria.

(Se continuará.)

Rasgos de esta naturaleza no necesitan comentarios. ¿Le parece esto bien á Gil Blas?

Hay periódicos que se alarman porque el ministro de Marina vá á visitar los buques de la escuadra, y le atribuyen planes absurdos. Es mucho lo que ciega la pasión política. ¡Cuidado que es raro que un ministro de Marina vaya á visitar los buques! ¡Jesús! ¡cuántas tonterías se dicen!

Dice un periódico: «En España los empleados públicos son lo mismo que los muebles de una casa. Se muda el inquilino, y claro es que se lleva todos sus enseres.» Verdad, mucha verdad, y este sistema es el que sostiene siempre amenazador é insaciable el monstruo de la empleomanía; ese sistema es el que hace politiquillo á todo bicho viviente, y gracias á él no hay nunca en España buena administración, y en muchos casos no se entienden ni por el forro lo que se trae entre manos.

Hacemos nuestras las siguientes líneas de un periódico progresista: «Los periódicos más allegados á las esferas del poder, continúan pareciéndonos almanaque según los nombres que traen al portero. ¡Que sube Fulano, que se designa á Mengano! He aquí la política de hoy día.» Tiene razón que le sobra al colega, y esta es una de las causas de que las personas que viven del trabajo, y no de la política, desconfíen de la situación. Muchos enemigos tiene esta situación, pero poco le debería importar sino tuviera otro enemigo á quien no sabe combatir, y que es la intemperancia y la poca prudencia de sus hombres.

Dice El Imparcial: «Han sido destinados á continuar sus servicios en el batallón Fijo de Ceuta y en el ejército de la isla de Cuba, nueve sargentos del regimiento infantería de Cantabria.» Sin duda estos sargentos son los comprometidos en una conspiración recientemente descubierta. En tiempo de los m. dera los estos sargentos hubieran sido inhumanamente fusilados. Aplaudimos al gobierno que no quiere derramar sangre, y vea Gil Blas cómo aplaudimos lo que es bueno y generoso en

la situación actual, así como censuramos lo que nos parece imprudente.

Hemos recibido los números del nuevo colega La Juventud Republicana. Saludámosle cortesmente como á enemigo noble y leal, y le deseamos prosperidad. Lo que verdaderamente sentimos es que el colega venga á defender la emancipación de Cuba y Puerto-Rico.

Reaccionario, amigo Gil Blas, es el que desea el entronizamiento de la tiranía, que lo mismo puede entronizarse con el gobierno de D. Carlos que con la república. Ya he dicho muchas veces que no temo yo la república como la extiende el señor Figueras; lo que temo es la república que arrollaría hasta al mismo señor Figueras. Tiranía de arriba ó tiranía de abajo son igualmente temibles. Cuántas veces desde Setiembre acá no se ha visto Gil Blas en la precisión de censurar á los mismos que se llaman republicanos!

LA DISCRETA ENAMORADA.

CUENTO.

Era Doña Felipa Zaragoza lo que entonces llamaban los peritos una arrogante moza: buena cara, buen talle, ojos bonitos, rosa la tez, marfil la dentadura, la cabelera oscura, veintiocho años de edad, y no cabales, cabalitos de renta cien mil reales; doncella en fin, para acabar el cuento, doncella de virtud y entendimiento. Cualidades tan buenas traíanle obsequiosos á docenas; y echósele de ver algun cariño á un señor coronel, que no era niño, viejo tampoco, pero gran persona también, gran caballero. Pepito Pitez, pollo de unos veinte años y ningun meollo, decíale una vez á nuestra dama: «Vuelva usted Felipita, por su fama:

se dice, se asegura, —que se nos vá á llevar tanta hermosura, quien, según documentos que hay escritos, no tiene menos de cuarenta años.» — Cuestion, dijo Felipa, se presenta, que á usted, Pepito, resolver le dejo. Un burro de veinte años, ¿no es mas viejo que un hombre de cuarenta?

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

GEROGLÍFICO.



MADRID: 1869.—Imprenta á cargo de Diego Valera. Calle de las Hileras, número 4, bajo.

164 EL HIJO DEL SACRISTAN.

Bajó uno de los practicantes de servicio, y la vió. —Es preciso, dijo, llevar á esta mujer á la cama, ¿no ven Vds. que se muere?... —¡Oh! ¡no! contestó ella, no crea V. eso, Dios no puede, no quiere quitarme la vida ahora, ahora que tengo esperanzas de volver á ver á mi hijo... Y si está loco, según dicen, no querrá Dios privarle de mis cuidados... —Señora, añadió el colegial, V. dirá lo que quiera, pero no puede V. pasar la noche á la intemperie, porque en el estado en que se halla V. no podría resistir. —Si, señor, tengo fuerzas. —Señora, yo sé que no las tiene V., y aquí no podemos consentir que se muera quien puede salvarse. Vamos, buena señora, dejese usted llevar á un sitio mas seco y abrigado, y pase V. la noche en el hospital, ya que lo desea, pero en la cama... De lo contrario, no podrá V. ver, como dice, mañana á su hijo, porque sin remedio moriría V. en la noche. Esto decidió á la anciana á aceptar la proposición de aquel joven practicante acostumbrado á la caridad, y que ya comprendía perfectamente los deberes á que le obligaba la honrosa carrera de la medicina que estaba siguiendo. Llevaron á la buena señora á un lecho, que el practicante hizo calentar, desnudaronla, abrigaronla, y la recomendaron mucho á las hermanas de la caridad. Media hora después la pobre mujer había sucumbido al sueño, bien contra su voluntad. Llevaba muchos días de pesares y de insomnio, y no era extraño que la venciese el sueño. La naturaleza no transige jamás en sus derechos. Qué sueño tan feliz fué el de la pobre madre. Soñaba que su hijo lo era. ¿Qué mayor felicidad para una madre? Soñaba que se habla casado el noble joven con una hermosa mujer llena de amor y de virtud, y que tenía dos hijos hermosísimos, que no hacían mas que hacer rabiar á su abuela, que estaba loca con ellos. Su hijo era un gran artista y todo el mundo le honraba y distinguía; no le faltaba trabajo, vivía

en la mayor holgura, y su mujer era la envidia de cuantos la conocían. La buena mujer soñaba lo que deseaba. El sueño es el gran consuelo de los desgraciados; nadie puede creerse abandonado de Dios sino cuando, siendo muy desdichado, no puede gozar el supremo consuelo del sueño. El sueño del pobre es la ventura y la riqueza. El sueño del preso es la libertad. Hasta el reo de muerte, cuando le faltan cortas horas para perder la vida, halla en el sueño inefable consuelo; vuelve á verse entre los suyos, libre, inocente, feliz, amado por su familia, respetado por todo el mundo... y pensando luego al despertar en su felicísimo sueño, acaso ya vé con menos espanto la muerte, que es otro sueño benéfico del que se despierta en los brazos del Señor. La madre de Luis durmió y fué feliz unas horas, ella que tanto tiempo llevaba ya de penas y amarguras. Despertó y todo estaba en tinieblas. —Aun es de noche, dijo... ¡qué buen sueño he tenido! mi hijo era venturoso, ¡ay! ¡ojalá! ¿Dónde estoy?... —¡Ah! ya recuerdo; estoy en el hospital, donde se cree que está también mi hijo, y en cuanto sea de día me han ofrecido que le podré ver... ¡Oh! yo me desesperaba... y aun hay caridad... no me han permitido pasar la noche en el banco del patio porque me hubiera quedado helada... Dios les pague el bien que me han hecho. Quisiera que fuera ya de día, pero el tiempo no avanza á medida del deseo... tendré paciencia por unas horas mas... ¡Dios mío! ¿será cierto que mi hijo se ha vuelto loco?... ¡Oh! bien temía yo que aquella ingrata iba á ser su perdición y la mía. ¿Qué será de nosotros, Dios mío, si mi hijo ha perdido la razón?... Pasaba el tiempo, y no aparecía la consoladora claridad del día, que con tanto afán esperaba la santa mujer. —¡Jesús! decía, ¡qué despacio va el tiempo para el que espera! ¡qué noche tan larga! —¿Cómo está V. buena señora? le preguntó

de un hombre que se acercó á ella, y que ella no pudo reconocer. —¿Quién es usted? —Un hombre que se acerca á usted, y que ella no pudo reconocer. —¿Quién es usted? —Un hombre que se acerca á usted, y que ella no pudo reconocer. —¿Quién es usted? —Un hombre que se acerca á usted, y que ella no pudo reconocer.

CAPITULO XXVI

¡Ciega! Decidióse á ir á la casa de aquella doña Dolores, en cuya casa Isabel conoció al que fué luego su esposo, y la señora de la casa estaba ausente de Madrid, y los criados la recibieron de mala manera y no quisieron darle noticia alguna. Abrasados los ojos por el llanto, desfallecida de necesidad y de cansancio, volvía la pobre madre, sin saber adónde ir á buscar á su hijo, volvía á su casa, y volvía á salir, y volvía á entrar, y nadie le daba consuelo, y nadie le decía dónde estaba su hijo. Era un día horrible de tempestad y lluvia, el tercero de la desaparición del infortunado artista. La buena madre salía por cuarta ó quinta vez á buscar á su hijo, cuando un zapatero remendon que había en el portal de la casa, y que sabía la horrible pena de aquella infeliz mujer, la detuvo, diciéndola: —Señora, ¿no ha parecido todavía? —No, señor. —¡Vaya por Dios! ¡qué días pasa V., señora! —¡Oh! y lo que temo es no poder soportar

